

La Cooperación Brasileña y Venezolana en Bolivia y Ecuador en el Marco del Nuevo Regionalismo Sudamericano: un Análisis Comparativo

Daniele Benzi

Universidad Andina Simón Bolívar

Tomás Gustavo Guayasamín Mogrovejo

FLACSO-Ecuador

Ximena Zapata Mafla

FLACSO-Ecuador

Resumen. En el marco de la consolidación de un nuevo regionalismo sudamericano, el ensayo pretende explorar los nexos entre política exterior, esquemas de integración y cooperación Sur-Sur en la sub-región andina, tomando como casos de estudio las políticas de Brasil y Venezuela, respectivamente, hacia Bolivia y Ecuador. La perspectiva de análisis adoptada propone un acercamiento teórico triple, el cual emplea como referencia básica los debates acerca del papel jugado por las potencias regionales en la conformación de un incipiente orden internacional multipolar, su incidencia en la dinámica y evolución de los procesos y proyectos de integración regional y, por último, su rol como “nuevos donantes” o “donantes emergentes” en el sistema de cooperación internacional al desarrollo. En términos metodológicos, el enfoque integra en una óptica comparada elementos de análisis geopolítico e histórico-sociológico y una recopilación e interpretación de datos relativos a las relaciones y áreas de cooperación entre los cuatro países.

Palabras-clave: Nuevo Regionalismo; Política Exterior; Cooperación Sur-Sur

Brazilian and Venezuelan Cooperation in Bolivia and Ecuador in the Context of the New South American Regionalism: a Comparative Analysis

Abstract. In the context of the configuration of a new South American regionalism, this paper aims to explore the links among foreign policy, integration schemes and South-South cooperation in the Andean sub region, analyzing the Brazilian and Venezuelan policies towards Bolivia and Ecuador. This case-study approach is based on a triple theoretical framework, which uses as a basic reference the debates about the role played by regional powers in the shaping of an emerging multipolar international system; their incidence in the dynamics and evolution of the regional integration processes and projects; and finally, their role as “new donors” or “emerging donors” in the system of international cooperation for development. In terms of methodology, this approach combines elements of geopolitical and historical-sociological analysis in a comparative perspective and a compilation and interpretation of data and information regarding the relations and domains of cooperation among these four countries.

Key-words: New Regionalism; Foreign Policy; South-South Cooperation

1 Crisis Sistémica, Regionalismo Estratégico y Cooperación Sur-Sur

Eric Hobsbawm (2010) ha resaltado en cinco puntos las diferentes tendencias en que se sustenta la hipótesis de una transición histórica de gran envergadura, tanto geopolítica como de las bases sobre las cuales se realiza la acumulación a escala mundial: 1. La crisis general del capitalismo; 2. El desplazamiento del baricentro de la economía mundial del eje del Atlántico del Norte al Sur-Sureste asiático; 3. El fracaso del intento estadounidense de mantener en solitario la hegemonía mundial después de 2001; 4. La aparición como entidad política de un nuevo bloque de países considerados en vías de desarrollo, los BRICS; 5. El sistemático debilitamiento y la erosión de la autoridad de los Estados tanto dentro de sus fronteras como, en muchas áreas del planeta, de cualquier clase de autoridad estatal efectiva (Benzi, 2012)¹.

¹ No obstante, frente al indiscutible debilitamiento – fomentado activamente por las “gemelas” de Bretton Woods durante la belle époque del neoliberalismo, financiado y sustentado militarmente hasta el día de hoy por el “imperialismo humanitario”, la “guerra al terrorismo”, etc., mientras, en los países centrales, manifiesto en la sumisión

Al mismo tiempo, se multiplican por doquier las señales que, en la perspectiva histórico-comparativa de Arrighi y Silver (2001), serían síntomas inequívocos de la crisis de un orden hegemónico: 1. La intensificación de las rivalidades interestatales; 2. Una mayor competencia entre las empresas; 3. La agudización de los conflictos sociales; y, por último, 4. Una expansión financiera a escala sistémica sin precedentes y al borde del colapso (Benzi, 2012).

A estos factores es necesario agregar el tema ambiental, que confiere a la actual crisis una dimensión inédita o, por lo menos, de proporciones antes desconocidas. Sea cual fuere la postura adoptada al respecto, dada la amplia gama de posiciones que se mueven desde el catastrofismo más oscuro hasta un cándido cuanto sospechoso negacionismo, lo cierto es que “La disputa global por los recursos naturales es uno de los elementos más marcantes de la dinámica del capitalismo contemporáneo y de su lógica de acumulación” (Bruckmann, 2011, p. 1). En efecto:

La prolongada explotación y mercantilización del medio ambiente, aunada a la progresiva escasez de materias primas esenciales al desarrollo capitalista y patrón civilizatorio dominantes, empujan a una renovada carrera de acaparamiento de tierras y recursos estratégicos no renovables a escala mundial. Se divisa también, entonces, una reorganización geopolítica del territorio planetario sobre las bases de la “seguridad ambiental” y del acceso a estos recursos, estancando la cooperación interestatal en materia, y provocando conflictos y costos humanos y ambientales crecientes (Benzi, 2012, p. 21).

Dentro de este marco, cobran de nuevo gran trascendencia las discusiones, análisis, conjeturas y pronósticos no tanto acerca de la incipiente conformación de un nuevo orden mundial, sino más bien de cómo éste se configurará y por quiénes y de qué manera será conducido.

Pocos dudan del rol todavía preponderante de Estados Unidos en tanto única superpotencia planetaria, si bien se vuelve a debatir como en los años '70 acerca de su capacidad, por un lado, para mantener este estatus y, por el otro, sobre la efectividad y grado real de poder detentado en diferentes áreas clave de la arena internacional, tales como la seguridad, la producción, las finanzas y el comercio, entre otras (Nolte, 2006).

Mucho más abierta, en cambio, se revela la cuestión del papel y lugar de otros países, en especial de la “incógnita china”, en el incierto y cambiante orden mundial, así como sobre la terminología más apropiada para definirlos y clasificarlos. Lo que muy pocos ponen en duda, sin embargo, es que la discusión sobre los más influyentes entre ellos, es decir, las potencias regionales y emergentes, es esencialmente una discusión acerca de las jerarquías de poder en el sistema internacional (Ibídem) y que, por más de que éstos intenten abrir o reabrir espacios para una lenta y progresiva multipolarización y multilateralización de las relaciones e instituciones internacionales, ninguno de ellos ha experimentado o quiere experimentar cambios significativos más allá de la lógica capitalista: ni en los patrones de acumulación y desarrollo dominantes, sobre todo en lo que se refiere al medio ambiente y a los modelos de consumo, ni en los mecanismos de democracia interna: “liberal-electoral”, “autocrática-autoritaria” o “socialista de mercado” (Benzi, 2010, p.72, 73).

Como bien ha señalado Alain Gresh (2008), “Ninguno de estos Estados está animado por una ideología global, como lo estaba la Unión Soviética. Ninguno se presenta como un modelo alternativo. Todos han aceptado, en mayor o menor medida, la economía de mercado. Pero ninguno piensa en transigir con sus intereses nacionales”.

La defensa del interés nacional y el “retorno” del Estado como actor internacional estratégico y agente económico representa pues la verdadera novedad (Benzi, 2010, p. 73), vislumbrándose, en palabras de Theotonio dos Santos (2010, p. 43), “un nuevo sistema mundial que se regirá muy claramente por fuertes capitalismo de Estado”. “Durante este periodo de transición – añade el analista brasileño – las potencias continentales y las integraciones regionales jugarán un papel muy importante para organizar este nuevo sistema mundial” (Ibídem).

de sus gobiernos convertidos en rehenes de los “mercados financieros” – al menos en algunos casos clave estamos asistiendo a un consistente intento de recuperación de dicha autoridad por parte de los Estados-nación (Ibídem).

Bajo esos lentes, creemos oportuno leer los debates en torno a la importancia de la cooperación e integración tanto regional como interregional para consolidar o al revés desincentivar la formación de polos y bloques regionales, hegemonizados por un solo Estado o gobernados por alianzas y coaliciones más o menos estables de Estados; pero también, y sobre todo quizás, de las diferentes acciones que los Estados Unidos y, más en general, los demás países occidentales y Japón asumen frente a un incipiente orden internacional que, como ha sostenido Hettne (2005), bien podría estar tomando la forma de un mundo regionalizado.

Para decirlo con Nolte (2006), en otras palabras:

¿Cómo reaccionan los Estados Unidos frente a la influencia creciente de algunas potencias regionales en sus respectivas regiones? [...] ¿Cómo están relacionados la emergencia de potencias regionales y los procesos de integración regional en sus regiones de referencia? ¿Actúan las potencias regionales como motores de la integración regional o la utilizan para sus proyecciones en el ámbito global? ¿Cuál es la importancia de estructuras de *gobernanza regional* con miras a las potencias regionales y extra-regionales? (2006, p. 18, 23, la cursiva es del autor).

La integración mediante la constitución de bloques políticos y/o económicos más o menos compactos y/o relativamente cerrados refleja indudablemente la búsqueda de respuestas a las incertidumbres que pone el desregulado avance de una globalización extremadamente competitiva y profundamente asimétrica (Benzi, 2010, p. 81). Por ello, se trata de procesos cualitativamente diferentes a los existentes en los años '60 y '70 bajo la misma etiqueta. Lo que da origen a esta nueva fase es “el salto registrado en la mundialización” que “induce a gestar bloques zonales en todo el planeta con propósitos defensivos u ofensivos” (Katz, 2008, p. XVI). Una actitud muy claramente reflejada, además, por la postura que adoptan las potencias occidentales, acrecentando las presiones para incorporar las regiones periféricas, semiperiféricas y/o “emergentes” en su área de influencia. Tras los repetidos fracasos de las negociaciones multilaterales en el ámbito de la OMC, este proceso ha conocido una aceleración aun mayor (Benzi, 2010, p. 81).

En esta dirección, Alfredo Guerra Borges (2009: 9) ha puesto de relieve que “la conversión de Estados Unidos al regionalismo claramente persigue contrarrestar la amenaza de la competencia de los bloques regionales de Europa y Asia y, con mayor razón consolidar su hegemonía en su propio hemisferio”. El mismo autor ha resumido en estos términos el concepto de *regionalismo estratégico*:

[...] un giro histórico insinuado desde los años noventa en que la integración regional se utiliza como instrumento para promover los intereses de las alianzas del estado y las empresas transnacionales para salir al paso del deterioro de su influencia en la economía mundial. El regionalismo estratégico no persigue el interés mundial sino el interés de su respectivo bloque económico; es toda forma de política económica internacional que tiene como objetivo establecer una relación de fuerza y ventaja comparativa en los mercados internacionales, apoyándose tras este objetivo en el regionalismo económico (Guerra Borges, 2009, p. 9-11).

Tal y como explica Sanahuja (2008, p. 356), consistiría precisamente en esto el “carácter paradójico” del “nuevo” regionalismo: contribuye, por un lado, a acelerar los procesos de transnacionalización productiva dentro de los marcos regionales en pos de mejorar la eficiencia y competitividad de las empresas en la economía política global, pero apunta al mismo tiempo a recuperar para los Estados márgenes de soberanía afectados por las desregulaciones de los años '80 y '90.

De ahí que sea bastante fácil entender las peculiares tensiones y dificultades que subyacen al nuevo regionalismo, dado el carácter extremadamente competitivo observable tanto al interior de los distintos bloques regionales, como en su proyección colectiva (cuando existe) y en la proyección individual de sus actores, en el más vasto tablero mundial.

En un marco de geometrías variables, por lo tanto, y al compás de la coyuntura, a la hora de examinar la distinta acogida que la creciente influencia de algunos países tiene en el plano regional y global, los fautores de un orden multipolar regionalizado discuten con diferente intensidad acerca de la “hegemonía cooperativa” para explicar la acción de las potencias regionales en sus respectivas áreas geográficas (Pedersen, 2002), así como de la “paradoja de su liderazgo” (Viera y Alden, 2011) y de los recursos y estrategias utilizadas para superarla (Flemes y Wojczewski, 2010). Desde un enfoque más crítico, se discute también sobre los “subimperialismos o nuevos imperialismos” en ciernes encabezados por los poderes emergentes (Zibechi, 2012)², poniendo énfasis en las multidimensionales y profundas asimetrías que se observan en la mayoría de los procesos de regionalización y el limitado alcance, o hasta ausencia, de políticas que los candidatos líderes regionales pudieran ofrecer para invertirlos. En esta dirección, resulta de particular interés la conceptualización y análisis empírico acerca de la actuación de las potencias medianas y pequeñas en términos de *bandwagoning*, *balancing* o resistencia frente a los líderes potenciales y de su impacto en las dinámicas de la integración regional (Nolte, 2006; Flemes y Wojczewski, 2010).

Finalmente, dada la evidente correlación que existe entre potencias regionales y el papel que asumen como proveedores de asistencia internacional, no resulta ocioso vincular la discusión anterior con los debates relativamente más recientes acerca de los “nuevos donantes”, “donantes emergentes” o “*non-DAC donors*”. Insertándose en un contexto de reestructuración de la economía política global y reacomodo de las jerarquías y equilibrios mundiales de poder, el aumento substancial de iniciativas de cooperación Sur-Sur en el último decenio representa igualmente una de las manifestaciones de tal reconfiguración (Benzi y Zapata, 2013, p. 66).

En este caso, cabe preguntarse con Emma Mawdsley (2012, p. 8): “¿Cómo se insertan la ayuda y la cooperación al desarrollo en las agendas y estrategias de los poderes emergentes y, más en general, en las cambiantes geografías del poder y de la riqueza³?”.

Si bien cada caso tiene su historia y perfil distintivo que lo caracteriza en la actualidad, en términos generales el acercamiento crítico a las experiencias de cooperación Sur-Sur más conocidas sugiere de forma inequívoca que la relación simbiótica entre ayuda, política exterior y de seguridad, intereses económico-comerciales y proyección de poder inherente a la cooperación Norte-Sur se aplica integralmente al caso de la Sur-Sur (Benzi y Zapata, 2013, p. 68). Ésta juega, según el caso, un papel más o menos relevante como estrategia política de defensa u ofensa, posicionamiento o reposicionamiento, poder blando y *soft balancing* en la actual transición del sistema global (Ibídem).

Así que, a pesar del discurso esgrimido, algunas de las críticas frecuentemente asociadas a las relaciones y cooperación Norte-Sur encajan perfectamente con la actual cooperación y relaciones Sur-Sur. No obstante, y éste en nuestra opinión sería el punto crucial, a pesar de que ambos tipos de cooperación, por lo menos en algunos de sus aspectos negativos, muestren semejanzas, pudiendo tal vez ser explicadas recurriendo a las mismas teorías (Sanahuja, 2010), los objetivos y resultados específicos perseguidos sean probablemente muy diferentes a la hora de considerar su incidencia en la transformación de determinados equilibrios regionales y globales (Benzi y Zapata, 2013, p. 68).

² En este último caso, cabe recordar que no se trata de discusiones completamente nuevas. Es a finales de los años ‘60 que Ruy Mauro Marini (1969) acuña el concepto de “subimperialismo”, mientras que Wallerstein (1974), con objetivos sensiblemente diferentes pero en la misma línea de argumentación, desde hace mucho emplea la categoría de “semiperiferia” para el análisis del sistema-mundo capitalista. Ambos conceptos, como ha señalado Katz (2009), recobran hoy día vigencia, pues “permiten captar el dinamismo contradictorio del capitalismo” que “periódicamente transforma las relaciones de fuerza en el mercado mundial” (Benzi, 2010, p. 73).

³ La traducción del inglés es nuestra.

2 Brasil y Venezuela: Política Exterior, Integración y Cooperación en la Reconfiguración del Espacio Sudamericano

A pesar del renovado activismo hacia los procesos integracionistas en la última década, América Latina se presenta en la actualidad como un espacio regional heterogéneo y fragmentado, conformado por subregiones con rasgos muy diferentes entre sí en lo que respecta a problemas clave de seguridad, alianzas y estrategias de inserción económica y comercial, modelos de desarrollo, dinámicas políticas, etc. Al interior de estas mismas subregiones, como la andina por ejemplo, se observan igualmente trayectorias muy distintas.

Pese a lo anterior, sin embargo, si bien con distintos grados de incidencia e intensidad según el caso considerado, se evidencia también una tendencia general que ha sido bautizada de “reprimarización” de la economía regional o “Consenso de los *commodities*” (Svampa, 2013). Es decir, un incremento notable del peso relativo de los recursos naturales y expansión de los monocultivos en la oferta exportable prácticamente de cada Estado, explicable por las altas cotizaciones en los mercados mundiales entre otros factores, lo cual no sólo tiene importantes implicaciones políticas, económicas y sociales en el plano interno de los países, sino también geopolíticas y geoeconómicas a nivel regional y global.

En ese mismo contexto, hay que leer la creciente gravitación de actores extra-regionales tales como China en primer lugar, pero también de Rusia, India, Corea del Sur e Irán entre otros, que se suman a los tradicionales como Estados Unidos y Unión Europea.

Estos procesos se ven expresados y alimentados también por el surgimiento de nuevos esquemas de integración regional como la UNASUR, el ALBA-TCP, la CELAC y la Alianza del Pacífico. Se señala en este sentido que la multiplicación de iniciativas a través de lo que se ha dado en llamar “diplomacia de cumbres”, “sobreoferta de propuestas integracionistas” o “sopa de letras”, no ha logrado hasta la fecha diseñar una agenda regional de largo plazo realmente compartida. Más bien, la proliferación de siglas y acuerdos – complementarios, superpuestos, contradictorios o explícitamente en pugna – sigue siendo una característica relevante del área (Benzi, 2011).

En este contexto está emergiendo un nuevo regionalismo en América del Sur, el cual, en estado embrionario todavía, se presenta como un complejo proceso en formación sin certezas acerca de su eventual consolidación. Lo que interesa resaltar, en todo caso, es el marcado activismo de algunos países dotados de capacidades materiales e inmateriales sobresalientes respecto a los demás que les permite tomar las riendas, o por lo menos tratar de imprimirle cierta orientación, a los procesos y dinámicas de la integración regional de acuerdo a sus objetivos de política exterior y visión del sistema internacional.

Brasil, por un lado, juega un papel político muy marcado, cuenta con la mayor y más desarrollada economía y las mayores Fuerzas Armadas de la región; mientras que Venezuela, por el otro, a pesar de estar muy lejos de disponer de las mismas capacidades, ha tenido en el último decenio una influencia sobresaliente sustentada en abundantes recursos energéticos y financieros y en una ambiciosa política externa que ha sido objeto de distintas y a menudo contradictorias valoraciones⁴.

Así las cosas, en esta sección nos proponemos analizar a grandes rasgos cómo Brasil y Venezuela están pensando y poniendo en práctica sus estrategias de política exterior, integración y cooperación Sur-Sur con particular atención en la configuración del espacio regional sudamericano.

El argumento central que se desprende del análisis es que ambas naciones comparten hasta cierto punto los mismos objetivos macro, es decir, consolidar su inserción regional y mundial y, en este proceso, limitar o balancear la influencia que Estados Unidos ejerce en el área todavía. De ahí que, a pesar de la competición y de las diferentes visiones y diferencias puntuales en muchas áreas, es posible registrar hasta la fecha una colaboración de fondo en asuntos sustanciales y en ocasión de coyunturas particularmente delicadas. No obstante, es preciso destacar los importantes matices que

⁴ Sobre la diferente dotación de recursos y capacidades de Brasil y Venezuela, ver Flandes y Wojczewski (2010, p. 11).

diferencian las estrategias de ambas naciones, las cuales responden fundamentalmente a determinantes estructurales y objetivos específicos de naturaleza geopolítica, económica, de seguridad y hasta cierto punto ideológico. Las posibles consecuencias para la consolidación de un “nuevo regionalismo sudamericano” saltan a la vista.

Un elemento que caracteriza tanto a Brasil como a Venezuela es que ambos países han sabido aprovechar el vacío en la región determinado por la ausencia y relativo declive de la potencia estadounidense, y la consecuente reconfiguración de algunos espacios y relaciones de poder a favor de los países emergentes, para poner en marcha una política exterior mucho más asertiva, multifacética y de alta visibilidad en el escenario internacional. La apuesta de Caracas y Brasilia por el multilateralismo, el establecimiento de alianzas extraregionales, la profundización de relaciones de cooperación Sur-Sur y su focalización en Sudamérica como área de interés estratégico, son algunos de los elementos en común que identifican las políticas de ambas naciones.

No obstante, si bien la ampliación de los vínculos con países situados fuera de la región ha sido uno de los rasgos centrales tanto en la política exterior de Venezuela como de Brasil, es necesario remarcar algunas diferencias clave.

Por un lado, Brasil ha optado por un acercamiento más acentuado hacia países que en principio presentan características similares a las suyas, es decir, aquellos Estados-potencia candidatos “naturales” a tener un lugar destacado en el nuevo orden mundial. Se trata de naciones que, como China, Rusia y en menor medida India y Sudáfrica gozan de mayor autonomía en la formulación de sus políticas y acciones en el ámbito internacional, tienen una capacidad creciente de negociación en todas las áreas de la política mundial y tienden a usar la cooperación internacional como una herramienta de *soft power* y *soft balancing*, además de penetración económica, tanto para incrementar su influencia y prestigio, como para disuadir posibles acciones unilaterales por parte de las grandes potencias (Gomes, 2012).

La política exterior brasileña, en efecto, de manera similar a Sudáfrica y a diferencia de los “monstruos” – China, Rusia y quizás India entre los emergentes – no poseyendo instrumentos y capacidades de ejercicio sustancial de *hard power*, “ni palos ni zanahorias” se ha dicho metafóricamente, ha sido definida como la “quintaesencia del poder blando”, que perseguiría en su área de influencia la promoción de una “hegemonía consensual” basada en el crecimiento económico, la defensa del orden democrático y la búsqueda de respuestas coordinadas regionalmente a los desafíos globales (Burges, 2006, 2008; Flandes y Wojczewski, 2010; Malamud, 2011; Sotero y Armijo, 2007).

Por otro lado, la búsqueda de relaciones extraregionales por parte de Venezuela está atravesada también por el componente ideológico del antiimperialismo y el discurso anticapitalista, en clave marcadamente antiestadounidense. En este sentido, además de los vínculos cada vez más estrechos con China y Rusia en los ámbitos económico y de la defensa, la República Bolivariana ha entablado alianzas de corte netamente político, y no simplemente relaciones bilaterales y de cooperación como Brasil, con países cuya característica común es ser “molestos” para Estados Unidos, tales como Irán, Siria, Belarús, Sudán y Zimbabue, además de Libia e Irak anteriormente al derrocamiento de Gaddafi y Saddam Hussein.

La promoción de un eje contrahegemónico explícitamente antiestadounidense naturalmente no ha sido acogida por Brasil, ni mucho menos por los demás BRICS. La estrategia venezolana, además, ha ido más allá de los canales tradicionales enmarcados en las relaciones diplomáticas entre gobiernos, patrocinando de manera más o menos visible y altisonante, la así llamada diplomacia “desde abajo” o “de los pueblos”, la cual, en el ámbito regional, en diferentes ocasiones le ha creado roces y fricciones tanto con países “amigos” como “enemigos”, incluyendo al propio Brasil.

La política externa de ambas naciones busca profundizar su proyección en América del Sur a nivel bilateral y dentro de esquemas de integración regional. La integración regional en Sudamérica constituye tanto desde el punto de vista brasileño como venezolano un mecanismo central para el cumplimiento de sus objetivos de política exterior.

Por un lado, en el caso de Venezuela, ésta tiene quizás como nunca antes enorme relevancia al otorgarle un papel clave y explícito de contrapeso a la influencia e injerencia estadounidenses y como eje central para la conformación de un bloque regional con una mayor capacidad de negociación a nivel mundial. En este sentido, dadas las tensiones recurrentes con Estados Unidos, el discurso venezolano ha asumido a menudo tonos de desafío y de confrontación a pesar de una continuidad sustancial en las relaciones comerciales con el vecino del Norte.

La diplomacia brasileña, en cambio, está totalmente alejada de una política de confrontación. Más bien, a través de una sinuosa estrategia que combina “desacuerdo y colaboración, concertación y obstrucción, deferencia y resistencia” (Russel y Tokatlian, 2009, cit. en Tokatlian, 2011, p. 151), pareciera perseguir los mismos objetivos de *soft balancing* que la República Bolivariana.

En el caso brasileño, además, a diferencia de Venezuela cuyas principales iniciativas integracionistas están enfocadas en el sector energético y quizás financiero, se evidencian claramente unas posibilidades de actuación mucho más amplias en los sectores productivo, comercial, financiero y de infraestructuras. Desde la perspectiva de Itaramaty, la integración regional constituye una herramienta y medio para acceder a mercados extranjeros, especialmente en su proyección estratégica hacia el Asia-Pacífico, promover la eficiencia de sus sistemas de producción y fortalecer el papel de líder regional en las negociaciones económicas internacionales (Gomes, 2010). La región sudamericana, en cambio, es vista como un mercado potencial para la promoción de su industria, internacionalización de empresas y fuente de recursos (Burges, 2007; Zibechi, 2012). En este sentido, la alianza estratégica entre el gobierno brasileño y las multinacionales verde-amarelas es inexistente en el caso venezolano, que en la práctica puede contar solo con la estatal PDVSA para su proyección externa. Además, la región sudamericana constituye el perímetro natural para la defensa de sus riquezas naturales, especialmente en lo que se refiere a la Cuenca amazónica, y de la estabilidad que Brasil necesita en términos de seguridad para su ascenso a potencia mundial.

Lo anterior posiblemente ayude a explicar también la diferente visión y discurso enarbolado por los dos países, así como los medios e instrumentos utilizados para promover y alcanzar sus objetivos.

Si bien ambos, a pesar de recurrentes altibajos, han albergado en diferentes momentos de su historia la ambición de convertirse en Estados influyentes y autónomos de las grandes potencias en el escenario internacional, solo Brasil, a raíz de sus recursos sobresalientes y dinámica económico-social, ha logrado construir una perspectiva sólida y básicamente compartida entre sus clases dirigentes acerca del rol a desempeñar en el mundo y el liderazgo a ejercer en una América del Sur percibida como su esfera “natural” de influencia.

A diferencia de Venezuela, que bajo el chavismo ha revivido el legado bolivariano y unionista latinoamericano, el gigante del Cono Sur ha adoptado precisamente el concepto de “América del Sur” en clave geopolítica para delimitar su proyección regional a un área en la que la presencia de Estados Unidos es definitivamente menos agresiva que en Centroamérica o en el Gran Caribe, excluyendo al mismo tiempo al otro coloso del hemisferio Sur, México, cada vez más encerrado dentro de la órbita estadounidense (Burges, 2007; Malamud, 2011; Zibechi, 2012).

Por otro lado, mientras que para la mayoría de los analistas Venezuela estaría promoviendo un giro regional neo-estatista y “revisionista” a nivel mundial, apoyándose en una variada mezcla de elementos innovadores y del viejo repertorio tercermundista en alianza con Cuba, Brasil estaría adoptando un enfoque y estrategia neo-estructuralistas asignando al Estado tanto un papel de regulador y limitadamente de agente económico, como de garante de las condiciones para el fluir de la inversión extranjera y promotor del sector privado interno (Burges, 2007).

Con estas coordenadas en mente, es posible leer los diferentes matices, problemas y objetivos de largo plazo subyacentes a proyectos aparentemente autónomos como MERCOSUR, IIRSA y UNASUR que, de una manera u otra, están siendo liderados por Brasil. En este mismo sentido, dado el incremento de las brechas y asimetrías económicas con sus vecinos y la falta de mecanismos e instrumentos significativos de compensación, es oportuno considerar las

preocupaciones crecientes acerca del expansionismo brasileño en la región bajo modalidades imperialistas o subimperialistas. Así, en efecto, se ha resaltado oportunamente que “el desafío del liderazgo brasileño será lograr que el proyecto sudamericano garantice a los demás países espacios políticos propios y beneficios económicos tangibles, para promover un Brasil sudamericanizado antes que una Sudamérica brasileña” (Chaves García, 2010, p. 38). Por el contrario, si bien históricamente el adjetivo subimperialista ha sido utilizado también en el caso de Venezuela para referirse a su proyección hacia el Caribe, en la subregión andina y en el Cono Sur la presencia bolivariana ha sido utilizada con resultados alternos, sobre todo por los países pequeños como Bolivia, Ecuador o Paraguay, para balancear la influencia de Brasil y tener frente a él un mayor margen de maniobra (Flemes y Wojczewski, 2010).

A diferencia de la brasileña, la estrategia geopolítica continental venezolana parece más ligada a objetivos políticos coyunturales, más estrechamente vinculada a la situación interna del país, a la percepción de aislamiento y amenaza real constituida por Estados Unidos y sus aliados regionales, y, a pesar de las pretensiones de convertir al país en una “potencia energética mundial”, está profundamente condicionada por la dependencia venezolana de un solo producto y la ausencia de ventajas comparativas en otros sectores. (Ellner, 2009, p. 124)

Por razones distintas, en ambos casos han sido limitadas y pocas efectivas por el momento las iniciativas para reducir las asimetrías con economías más pequeñas y de menores recursos. Si para Brasil éstas se restringen al FOCEM en el marco del MERCOSUR, en el caso de Venezuela experiencias muy interesantes enmarcadas dentro del ALBA-TCP como la cooperación integral con Cuba, Petrocaribe, el Tratado de Comercio de los Pueblos (TCP) o el SUCRE (Sistema Unitario de Compensación Regional), no han podido trascender la concesión discrecional por parte de la República Bolivariana de ventajas comerciales, crediticias o subsidios a sus socios gracias a la abundancia de sus recursos energéticos y de petrodólares, así como a su condición de país rentista importador de la mayoría de los bienes y servicios consumidos en el país.

En cuanto a la cooperación Sur-Sur, existen igualmente diferencias clave respecto a la visión, institucionalidad y actores que articulan las políticas de Venezuela y aquellas de Brasil.

Para la República Bolivariana, además de representar un vehículo para alcanzar objetivos políticos y económicos de diferente naturaleza, internos y de política exterior al mismo tiempo, la cooperación Sur-Sur, de manera inextricable con la integración regional, es interpretada como un instrumento político *tout court*, y no como una herramienta técnica, “dentro de una perspectiva global de cambio estructural” (Romero, 2007; Rodríguez, 2013; Ojeda, 2013). De ello, sin embargo, difícilmente se deriva que “Venezuela pretende crear un modelo propio de cooperación [...] modelo que por sus propias características [...] podemos denominar como modelo bolivariano de CSS” (Ojeda, 2013, p. 244).

Actualmente, se trata de la cooperación que más dinero y personas está moviendo a lo largo y ancho del continente, apoyándose en diferentes sectores y particularmente el social en el enorme capital humano y simbólico cosechado por la revolución cubana durante cinco décadas de consecuente solidaridad Sur-Sur (Benzi y Lo Brutto, 2013). Más que la búsqueda de un modelo de cooperación Sur-Sur, la alianza entre el gobierno bolivariano y el gobierno de Cuba ha tratado de recuperar, idear y promocionar principios, instrumentos y mecanismos para sentar los cimientos de una “integración alternativa y de los pueblos”, bajo el amplio (para muchos difuso) paraguas del ALBA-TCP.

El marco institucional y normativo al que se adhieren las acciones y políticas venezolanas da cuenta clara de que el actor fundamental en este ámbito es el Estado y, más específicamente, la rama ejecutiva representada por el gobierno y, más aún, por el presidente de la República.

Como es obvio, los sectores en los que se desempeña la cooperación venezolana abarcan básicamente el área energética, financiera y las iniciativas en ámbito social como las Misiones Internacionales en colaboración con Cuba. El radio de actuación de la cooperación venezolana, en efecto, si bien extremadamente significativo en la región en términos financieros, no alcanza la amplitud de sectores y países que abarca la brasileña, cuyo enfoque, como se dirá enseguida, se

centra en la asistencia técnica y no en la ayuda. Por el contrario, a pesar de la poca transparencia al respecto, la República Bolivariana asume en diferentes países un papel más o menos relevante como donante financiando proyectos de diferente índole, como inversionistas, de apoyo presupuestario y otorgando ayuda monetaria y en especie.

En cuanto a Brasil, desde el ascenso al poder del PT, se ha dado una gran expansión y reposicionamiento de la cooperación Sur-Sur y de los principios que orientan su actuación. Desde la perspectiva brasileña, se la plantea como medida de compensación de las asimetrías existentes en su entorno geográfico y como un objetivo estratégico de seguridad nacional, dado que “ningún país puede sentirse seguro al lado de vecinos descontentos” (Ayllón, 2011, p. 7).

Este discurso se ve acompañado por el fortalecimiento de una “diplomacia solidaria” que implica poner a disposición de otros países las capacidades, experiencia y conocimiento de las instituciones brasileñas (Ibídem). De este modo, a la agenda general de política exterior de Brasil se ha añadido una compleja estructura de cooperación, la cual, especialmente con sus vecinos sudamericanos, prioriza la cooperación técnica y bilateral más que la ayuda financiera.

La experiencia acumulada por las instituciones brasileñas en la implementación de políticas sociales a nivel interno ha sido aprovechada para poner en práctica proyectos y acciones en muy diversos ámbitos como salud, agricultura, medio ambiente, ciencia y tecnología, etc. En este sentido, más de cien instituciones brasileñas del gobierno federal, entre ministerios y otros actores gubernamentales y no gubernamentales participan directamente en acciones de cooperación internacional (Vaz y Inoue, 2007, p. 3).

Sin bien subordinado a la Cancillería, lo que resalta con respecto a Venezuela es la existencia de un ente burocrático específico y especializado para manejar temas de cooperación internacional, la ABC, la cual juega un rol relevante en la negociación, coordinación, implementación y acompañamiento de las acciones, programas y proyectos suscritos por Brasil con otros países y organismos internacionales.

En ambos casos, por último, resulta evidente que la mayoría de los proyectos en infraestructura o que implican la compra de bienes y servicios, se realiza bajo la modalidad que desde hace décadas la literatura especializada sobre cooperación al desarrollo ha definido como ayuda “atada” o “ligada”.

3 La Cooperación Brasileña y Venezolana en la Subregión Andina: los Casos de Bolivia y Ecuador

Más allá del análisis de las acciones específicas de cooperación técnica y ayuda al desarrollo que normalmente constituyen el limitado horizonte de los estudios sobre cooperación internacional, creemos necesario enmarcar las iniciativas y proyectos de cooperación dentro del universo más amplio de las relaciones bilaterales y multilaterales que involucran de manera directa o indirecta a actores gubernamentales y no gubernamentales, especialmente en lo que se refiere al área económica-comercial y de inversiones en sectores estratégicos.

Los proyectos y acciones específicas de cooperación Sur-Sur, en otras palabras, al ser elementos e instrumentos complementarios de política exterior, responden a intereses macro que tanto para el caso de Brasil como de Venezuela están articulados y a veces supeditados a su proyección regional e internacional.

Dicho esto, en lo que sigue se presentan sintéticamente los primeros resultados de la investigación, orientados a dilucidar los nexos entre política externa, actuación a nivel regional y cooperación Sur-Sur en la subregión andina, tomando como casos de estudio las políticas de Brasil y Venezuela, respectivamente, hacia Ecuador y Bolivia.

3.1 La Cooperación Brasileña en Ecuador y Bolivia

Si bien es cierto que desde la última década la política exterior de Brasil ha comenzado paulatinamente a redefinir sus prioridades focalizándose en la construcción del espacio suramericano, es necesario tomar en cuenta que su aproximación hacia la subregión andina presenta todavía rasgos diferenciados que son producto de las particularidades mismas de esta zona. A diferencia del Cono Sur, el complejo andino está marcado por una mayor inestabilidad política y democrática, un creciente involucramiento de actores externos justificado en la lucha contra el narcotráfico, por un lado, y en la presencia de importantes reservas de recursos energéticos y minerales, por el otro, lo cual ayuda a explicar la fuerte conflictividad y los niveles de violencia que aquejan a la mayoría de sus países.

Lo anterior ha sido objeto de preocupación por parte de Brasil, quien considera que un incremento y contagio de estos problemas representaría una amenaza inmediata a sus ambiciosas aspiraciones y proyectos regionales e internacionales. En este contexto, ha reforzado su papel estabilizador para mitigar conflictos internos y externos defendiendo a toda costa el mantenimiento de la paz y del orden democrático. Prueba de ello es el importante rol de mediación asumido en UNASUR en la resolución de la crisis interna boliviana de 2008 y en el motín policial en Ecuador de 2010, así como en las complicadas relaciones entre Venezuela y Colombia⁵.

Aunque aplica también para el resto de países suramericanos, el interés de Brasil en las naciones andinas incluye la internacionalización de sus empresas y la participación en áreas clave como son la infraestructura y el acceso a recursos energéticos y petroleros. Como se verá enseguida, es importante resaltar que en sus relaciones bilaterales con Ecuador y Bolivia, Brasil tiene una fuerte presencia en sectores estratégicos y altamente sensibles. Esto no se puede desvincular del proceso de internacionalización de empresas brasileñas, el cual ha tenido un mayor impulso desde la llegada del PT a Planalto, desarrollándose en diferentes niveles, es decir, tanto en la esfera de las relaciones bilaterales como en el espacio más amplio de los procesos de integración regional, donde la iniciativa IIRSA, en gran parte financiada por BNDES, constituye sin duda el proyecto más emblemático.

Si bien diferentes en cuanto a intensidad y complejidad, es posible analizar las relaciones que Brasil mantiene con Bolivia y Ecuador a partir de unas mismas variables. De entrada, para entender su dinámica general es imprescindible remarcar que respecto a ellos Brasil está en condiciones muy similares a aquellas que mantienen los países del centro con los de la periferia (Zibechi, 2012). No por azar, el ex ministro boliviano de hidrocarburos Andrés Soliz Rada (2011), en una breve nota sobre la geopolítica brasileña, ha afirmado que su fuerza “es tan grande con relación a sus vecinos, con excepción de Argentina y Venezuela, que les rompe las costillas aún cuando quiere abrazarlos amistosamente”.

Dentro del contexto suramericano, por otro lado, la mencionada tendencia hacia la reprimarización es evidente en Bolivia y Ecuador incluso cuando se considera su ya raquítico tejido industrial. El boom de las exportaciones y la relativa ampliación de los mercados internos no solo han implicado que los productos básicos se dirijan hacia mercados asiáticos; lo novedoso consiste en que estos proveedores tradicionales de materias primas no procesadas han incrementado la importación de manufacturas brasileñas (Hirst, 2013).

En el caso de Ecuador, la balanza comercial con Brasil ha sido tradicionalmente deficitaria y este desbalance se ha acentuado en los últimos años. La composición de la oferta exportable de Ecuador a Brasil radica en su gran mayoría en bienes primarios sin que esto, a pesar de varias rondas de negociaciones, haya permitido hasta la fecha la apertura del mercado carioca a dos de los principales productos de exportación no petroleros ecuatorianos: el banano y el camarón. Por su parte, respecto a las compras que realiza Ecuador a Brasil, lideran los teléfonos celulares, polímeros y medicamentos.

⁵ Menos efectiva y quizás ambigua, en cambio, ha sido la actuación frente a la ruptura del orden constitucional en Paraguay.

En el caso de Bolivia, este patrón resulta aun más llamativo: las relaciones bilaterales con Brasil están concentradas en dos rubros: hidrocarburos y soya. La composición de la oferta exportable del país andino incluye como porcentaje absolutamente mayoritario al gas natural, seguido de productos de agricultura, ganadería, caza y pesca y, en menor medida, minerales. Por su parte, las principales compras realizadas por Bolivia a su vecino se concentran en bienes de capital para la agricultura y bienes para la industria.

El área de hidrocarburos, a pesar de la supuesta nacionalización ejecutada en 2006 por el actual presidente Evo Morales, sigue fuertemente bajo la influencia de la empresa brasileña Petrobras. Según un informe del Ministerio de Hidrocarburos de Bolivia, las exportaciones de Petrobras en 2010 alcanzaron casi el 60% del total exportado por el país andino (Zibechi, 2012, p. 292). Por otra parte, a pesar de la decisión de la empresa brasileña de reducir de manera significativa su dependencia de las importaciones bolivianas de gas que son aún vitales para la industria paulista, tal reducción no significaría una disminución de la importancia del mercado brasileño para las exportaciones de la estatal boliviana (YPFB), que en el año 2010 se dirigieron en un 83% a Brasil (Hirst, 2013).

Se trata, evidentemente, de un tema crucial tanto para las relaciones bilaterales, como para la posición brasileña frente a la integración regional y a la percepción y aceptación de los pequeños países de su liderazgo. Las tensiones entre los dos gobiernos y las repercusiones internas en Brasil a raíz de la nacionalización, que incluyó el envío de tropas bolivianas a presidir los campos y plantas de gas, y la sucesiva renegociación forzosa de los contratos exigida en un plazo de seis meses a las compañías transnacionales, quizás haya marcado un punto de inflexión en las relaciones entre los dos países. A pesar de que Petrobras haya logrado mantener ventajas sustanciales en relación con su socio andino, la redefinición de los términos contractuales con los que operan las empresas extranjeras en la exploración y comercialización de hidrocarburos, otorgándole la participación mayoritaria al Estado boliviano, ha determinado la revisión de las actividades de Petrobras para hacer frente a la pérdida de control sobre las operaciones de sus subsidiarias y la imposición de nuevas condiciones tributarias (Hirst, 2013). Según varios observadores, si bien la actitud oficial del gobierno de Lula se mantuvo relativamente conciliadora, la postura de Morales colocó a Bolivia entre los países no confiables en términos de inversiones y provisión barata de recursos, acelerando la decisión brasileña de lograr lo más pronto posible su autonomía energética (Malamud, 2011, p. 14). Además, precisamente en este momento se dio la adhesión de Bolivia al ALBA-TCP y el ofrecimiento venezolano de inversiones y asistencia técnica en varias áreas pero principalmente en el sector de hidrocarburos (Ibídem; Burges, 2007).

En lo que se refiere a la soya, hay que remarcar igualmente la concentración de la propiedad y control del crédito, insumos e infraestructuras por parte de colonos y capitales brasileños en el Oriente boliviano. Según varias fuentes, unas doscientos familias de hacendados tienen una participación de alrededor el 35% de la producción. Villegas (2011) sostiene que en el Departamento fronterizo de Santa Cruz, el cultivo de soya transgénica y otras oleaginosas bordea aproximadamente el millón de hectáreas, de las cuales el 40% está en poder de hacendados brasileños, a lo que deberían sumarse las áreas dedicadas a la ganadería. Para este otro rubro, la cantidad total en manos de brasileños ronda las 700.000 hectáreas de las mejores tierras.

En relación a Ecuador, aunque en una óptica de mucha menor incidencia respecto al caso de Bolivia, el sector petrolero ha sido igualmente una importante área de expansión, especialmente a partir de 2002 cuando Petrobras asumió las operaciones de la empresa argentina Pérez Companc. Como es bien sabido, sin embargo, en 2010 la compañía energética brasileña rechazó los nuevos contratos conformes a la nueva Ley de Hidrocarburos ecuatoriana, la cual determina que el Estado es propietario del 100% de su petróleo recibiendo el 80% de la renta, interrumpiendo las operaciones en el país. En la actualidad parecería que persisten, por un lado, los problemas para llegar a un acuerdo respecto al monto de indemnización que Ecuador otorgaría por la retirada de Petrobras, pero también que, por el otro, a partir de 2012 ha habido nuevos contactos y negociaciones para futuras operaciones brasileñas en el sector de hidrocarburos de Ecuador.

La presencia de Brasil resulta en este caso mucho más ostensible si se analizan los flujos y áreas de inversión extranjera. El sector de la construcción y explotación de minas y canteras son las que representan los mayores flujos de IED brasileña en el país. Las obras de construcción de infraestructura llevadas a cabo por Brasil desde hace más de 20 años en Ecuador han estado acompañadas, en su mayoría, de procesos de endeudamiento irregulares con BNDES. En efecto, el informe de 2008 de la Comisión para la Auditoría Integral del Crédito Público de Ecuador reveló que en el período 1976-2007 existían 109 créditos que alcanzaban un valor total de 2.615 millones de dólares y que Brasil constituía el mayor acreedor con el 42% (CAIC, 2008).

El análisis legal de los contratos de proyectos como el Canal de Riego de Tabacundo, la construcción de la Vía Interoceánica de 1999, el proyecto hidroeléctrico en Santa Elena y las obras complementarias de infraestructura para la península, revela que a más de ser Odebrecht S.A la empresa constructora, en todos estos casos existió la práctica comúnmente conocida como ayuda ligada⁶.

Para las grandes obras de infraestructura tales como la represa de Santa Elena y la más reciente represa de San Francisco, se han firmado contratos complementarios que modifican radicalmente el costo inicial de las obras: así, las de Santa Elena tuvieron un costo final de 1.500 millones de dólares, es decir, un 180% más del valor inicial (Zibechi, 2012, p. 298). Frente a estas irregularidades, el gobierno ecuatoriano decidió expulsar a Odebrecht en 2008 por defectos graves en la construcción y llevar a arbitraje a BNDES por el crédito irregular otorgado al país para la financiación de la represa de San Francisco. Esta decisión llevó al gobierno brasileño a retirar temporalmente su embajador, una medida efectivamente sin precedentes, en palabras de Malamud (2011)⁷. Sin embargo, dada la pérdida en el arbitraje, Ecuador ha seguido pagando puntualmente sus deudas con el banco y la misma Odebrecht ha sido readmitida en el país⁸.

En el marco del proyecto IIRSA, el eje andino, del que Ecuador y Bolivia forman parte, reviste una importancia vital para su desenvolvimiento. Aunque se supone que esta iniciativa beneficiará a todos sus participantes, no se puede obviar que el IIRSA se enmarca en la estrategia de proyección brasileña hacia la zona del Asia-Pacífico. Esta red de infraestructuras y comunicación, además de facilitar la provisión de sus productos manufacturados a Sudamérica de forma más rápida y económica, le proporcionará salidas mucho más ágiles a los puertos del Pacífico. El eje andino contemplaba el desarrollo de 64 proyectos para el año 2011, diez de los cuales ya estarían concluidos (Zibechi, 2012, p. 264).

Un proyecto que debido a su importancia es prioritario para Brasil y Ecuador es el eje multimodal Manta-Manaos. Esta iniciativa incluye mejoras en el puerto de Manta y se estima contar con un concesionario a finales del 2013. El tramo prevé también la construcción de nuevos puertos como es el caso de “Puerto Providencia”, cuya inversión asciende a 20 millones de dólares. Para el mismo proyecto ha sido necesario realizar los estudios de factibilidad de navegabilidad en el Río Morona (Proyecto Binacional Ecuador-Perú), para lo cual se han realizado 14 viajes fluviales por los ríos Napo y Morona con un total de mercadería transportada de alrededor de 9.000 toneladas de varios productos como hierro, cemento, cerámica y tubería.

⁶ Como señala el informe: “Existe ayuda ligada, porque el fin perseguido es fomentar la exportación de productos y servicios brasileños, para lo cual se proporcionan créditos siempre y cuando se tenga la intención de comprar dichos bienes y servicios. Se genera, por tanto, comercio en base a ayuda ligada [...] que no tiene bases de ilegalidad, pero disminuye la capacidad de acción del país” (Caic, 2008, p. 58).

⁷ Este mismo autor señala que, pocos meses después, el entonces canciller brasileño Celso Amorim llegó a amenazar la suspensión de créditos a sus vecinos utilizando estas palabras: “Espero que todos estos países tengan muchas otras fuentes de crédito y ganancias del extranjero para seguir desarrollándose [...] No pueden continuar a tratar Brasil como una potencia colonial que los quiere explotar. Nosotros seguimos las reglas del mercado internacional y si ellos piensan que estas reglas no son adecuadas, podemos iniciar a discutir las” (Amorim, 2008, cit. en Malamud, 2011: 14, la traducción del inglés es nuestra).

⁸ En efecto, en Octubre de 2012 se firmó un contrato de préstamo que el BNDES otorgó al Ecuador para la construcción de la primera fase del proyecto hidroeléctrico Manduriacu por un monto de \$90,2 millones. Se espera de igual forma que el BNDES financie el proyecto Daule-Vinces, lo que reitera la importancia del gigante suramericano como un importante socio del Ecuador en inversión en sectores estratégicos.

Curiosamente, la Secretaría Ecuatoriana de Cooperación (SETECI) ha recomendado desde 2010 “iniciar un trabajo, en coordinación con los ministerios involucrados en las obras de infraestructura del IIRSA, enfocado al diseño de programas y proyectos de cooperación que busquen amortiguar los efectos sociales y ambientales que acompañarán el avance de las obras de infraestructura física que se están proyectando, enfocado hacia el mediano y largo plazo” (SETECI, 2010).

En la agenda bilateral Brasil-Bolivia, las obras de infraestructura también representan un área prioritaria. Se destacan varias iniciativas como el mejoramiento de redes viales, inversiones en el área de la minería, construcción de hidroeléctricas en los ríos Madera, Cachuela Esperanza, Laguna Colorada, Miguillas, Rositas y el Bala, todas en asociación con la empresa brasileña Eletrobrás (Hirst, 2013). Entre los proyectos de infraestructura en marcha se destaca la carretera que une San Ignacio de Moxos y Villa Tunari. Esta obra se ubica en la zona amazónica donde se llevan a cabo proyectos para conectar los dos ejes principales de IIRSA en Bolivia, el eje interoceánico Central y el eje Perú-Brasil-Bolivia (Ibídem).

Dentro de este marco, es preciso mencionar la movilización indígena en Bolivia, y las importantes consecuencias derivadas para la política interna de este país, en contra de la construcción de una carretera que atravesaría una parte del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécore (TIPNIS). El costo estaba previsto en 45 millones de dólares, financiado en un 80% por el BNDES, mientras que la obra habría estado a cargo de la brasileña Oas. Este proyecto, en palabras de Zibechi (2012), encarnaba los intereses comerciales y geopolíticos de Brasil, perjudicando a los pueblos indígenas.

En cuanto a la cooperación Sur-Sur brasileña *strictu sensu* en Ecuador, tiene sus orígenes jurídicos en 1982, cuando ambos países firman el Acuerdo Básico de Cooperación Técnica. A partir de entonces, a través del establecimiento de comisiones mixtas, se han realizado varias reuniones de trabajo mediante las cuales se han delineado para el periodo más reciente dos programas cubriendo los años 2005-2007 y 2011-2013.

Los principales instrumentos contemplados comprenden la cooperación técnica, triangular y los talleres. Cabe recalcar que Brasil se mostró interesado en el sector minero y energético. Sin embargo, el gobierno ecuatoriano no consideró estas áreas prioritarias por lo cual los programas 2005-2007 y 2011-2013 no incluyen este eje. En cambio, las áreas de cooperación definidas en ambos programas abrazan la hidrología (recursos hídricos), el sector agropecuario, la salud, el desarrollo social y la gestión pública.

Se observa que el mayor número de proyectos del periodo 2005-2007 corresponde precisamente al sector salud y agropecuario. En esta última materia, se han establecidos proyectos que se articulan con los intereses comerciales y de transferencia tecnológica brasileña, enmarcándose en la cooperación para el desarrollo de la cultura local de la palma africana y de la agroindustria para la producción de biocombustibles y mejoramiento de la productividad de la caña de azúcar. Asimismo, a través de estos programas, se busca ampliar los conocimientos de los profesionales ecuatorianos en las tecnologías de cultivo y sistemas de producción de ricino, aceite de palma africana y caña de azúcar en tanto materia prima para la producción de biodiesel y etanol. En esta misma área se han establecido otras acciones de cooperación como capacitación técnica en manejo y procesamiento de frutas tropicales y sobre cultura del cacao (ABC, 2013)⁹. Frente a ello, se ha recomendado tener claro los impactos negativos que estos proyectos de cooperación podrían acarrear al país, especialmente tomando en cuenta los problemas relativos a la soberanía alimentaria garantizada por la Constitución del Ecuador.

La implementación de los proyectos que forman parte del programa 2007-2011 ha sido muy baja, ya que más de la mitad no se ha ejecutado. Como se mencionó antes, las acciones de cooperación Sur-Sur deben ser enmarcadas en el contexto amplio de las relaciones bilaterales y los contextos políticos que las definen. En este sentido, las dificultades encontradas se entienden a

⁹ Ver <http://www.abc.gov.br/Projetos/CooperacaoSulSul/Equador>.

partir de la afectación que las relaciones de Brasil y Ecuador sufrieron desde 2008. A partir de ello, se observa una disminución de proyectos reflejada en el programa para el 2011-2013, siendo éstos solo ocho en comparación con los 20 del periodo anterior.

Cabe destacar finalmente que en el marco de la evaluación del programa de cooperación técnica realizada en julio de 2013, Brasil anunció que debido a un recorte de su presupuesto, no podrá financiar el costo de proyectos de cooperación con Ecuador unilateralmente sino bajo la modalidad de costos compartidos.

En relación a la cooperación técnica en Bolivia, de acuerdo al informe de SEGIB (2012), éste fue el país que, después de Paraguay, recibió más ayuda brasileña. Es importante señalar que Brasil está en el segundo y tercer puesto como socio donante de Bolivia en los años 2006, 2008, 2010 y 2012. Según este mismo informe, la cooperación brasileña representó en 2011 el 13,3% del total de las acciones de cooperación Sur-Sur ofrecidas a Bolivia (Hirst, 2013).

Así como en el caso de Ecuador, los proyectos brasileños en Bolivia están focalizados en las áreas de salud, agricultura, infraestructura y medio ambiente. Entre ellos, además de la colaboración en problemas fronterizos y migratorios, se destacan el apoyo al Programa Nacional de Erradicación de Fiebre Aftosa, construcción de puentes y pavimentación de calles, capacitación y transferencia de tecnología en el cultivo del palmito, construcción de estrategias públicas para el desarrollo rural del Norte Amazónico de Bolivia y la promoción de la agricultura familiar (Abc, 2013a; Hirst, 2013).

3.2 La Cooperación Venezolana en Ecuador y Bolivia

A partir del año 2007, con la llegada al poder de Rafael Correa, el Ecuador reorientó su política exterior con respecto a Venezuela, buscando consolidar una alianza estratégica de mutuo beneficio a través de un diálogo político sostenido bajo el formato de regulares encuentros presidenciales. Lo mismo, básicamente, había ocurrido el año anterior con la asunción de Evo Morales en Bolivia.

Desde ese entonces la cooperación bilateral entre Venezuela y Ecuador se ha centrado de manera programática en seis ejes definidos de “soberanía” - energética, financiera y comercial, seguridad y defensa, productiva, del conocimiento y social - y en la participación de Ecuador al ALBA-TCP. Este esquema, *grosso modo*, sirve también para caracterizar las relaciones venezolanas con Bolivia.

A pesar de la coincidencia respecto a algunos sectores ya analizados para el caso brasileño, como se mostrará enseguida, en el caso de Venezuela existen diferencias tanto de enfoque, como cualitativas y cuantitativas en relación a las áreas de intercambio y colaboración que, a la luz de las consideraciones desarrolladas en el segundo apartado, es oportuno recalcar.

De entrada, la participación de los tres países en el ALBA-TCP ha supuesto una colaboración política más estrecha y de coordinamiento de posiciones comunes tanto en esquemas regionales como la CELAC, UNASUR y la OEA, como en organismos y foros internacionales, que en determinadas ocasiones ha chocado con las posturas brasileñas. Ha implicado también, como se ha mencionado arriba, una cooperación en el sector de seguridad y defensa cuya opacidad y falta de información, sin embargo, desaconseja entrar en un análisis más pormenorizado.

En términos comerciales, frente al potencial venezolano como exportador de productos refinados del petróleo y debido a su condición de importador neto de prácticamente cualquier otro tipo de mercancía para satisfacer las necesidades de su mercado interno, tanto en el caso de Ecuador como de Bolivia, se ha tratado de instrumentar mecanismos de comercio compensado y facilidades para el intercambio con el fin de promover la complementariedad y reducir las asimetrías.

En su adhesión al ALBA-TCP, en efecto, Bolivia propuso a Venezuela y Cuba la suscripción de un Tratado de Comercio de los Pueblos. El TCP planteado por Evo Morales busca incorporar en los acuerdos de cooperación ofrecidos aspectos de naturaleza propiamente comercial. No habiéndose suscrito un Tratado como tal, su función sería establecer ciertos criterios de equidad a tener en cuenta en las relaciones comerciales y algunas modalidades de tratamientos especial y

diferenciado en contraposición a los Tratados de Libre Comercio. Su definición e implementación entre los miembros del ALBA no ha tenido vida fácil hasta la fecha. Si bien es clara la postura política e ideológica de sus promotores frente a los TLCs, aún no se ha podido trascender el plano abstracto de la identificación de sus principios rectores.

A finales de marzo y principios de abril de 2011, la República Bolivariana firmó sendos acuerdos comerciales con Bolivia y Ecuador para “sustituir el vacío” – en palabras del ex mandatario venezolano - que dejó la desincorporación de la República Bolivariana de la Comunidad Andina de Naciones (CAN). El canciller ecuatoriano Ricardo Patiño declaró a la prensa que: “Estamos suscribiendo un acuerdo que nos va a permitir, ya no poner las reglas de cómo van a competir nuestras empresas para ver cómo sacan a otras del mercado, cómo las destruyen, sino cómo se puede trabajar en conjunto para el desarrollo de nuestros pueblos” (El Universal, 2011). En ambos casos, sin embargo, a pesar de lo que prescriben los principios fundamentales del Tratado de Comercio de los Pueblos, las negociaciones no han sido ni públicas ni transparentes.

Las compras del país caribeño cuyo origen fue Ecuador crecieron en el período 2007-2012 un 109%. La canasta de productos exportados a Venezuela incluye vehículos a gasolina, seguido de atunes en conserva y aceites crudos de petróleo entre otros rubros menos significativos. Por su parte, las importaciones ecuatorianas se concentran en la gran mayoría en diesel, fertilizantes y butanos, cifra que alcanza el 90% de las importaciones.

El monto acumulado de los flujos comerciales entre los dos países ha pasado de una situación deficitaria en los primeros años, a una favorable para Ecuador, alcanzando en el 2012 un saldo de 770 millones de dólares que ha posicionado la República Bolivariana como su quinto socio comercial. El uso de un instrumento de compensación de pago como el SUCRE ha resultado particularmente relevante para Ecuador debido al ahorro de divisa que ello implica.

En contraste, para el caso boliviano las importaciones desde Venezuela crecieron alrededor de ocho veces en los últimos años mientras que, a pesar de los compromisos de compras asumidos bajo el paraguas conceptual del TCP, las exportaciones bolivianas crecieron de manera poco significativa.

Más de la mitad de ellas consisten en aceites de soya y derivados, seguidas de los productos textiles. Por su parte, casi el 100% de las importaciones desde Venezuela se reducen a gasoil y diesel, una parte de las cuales es vendida bajo acuerdos preferenciales. Para diversificar e intensificar el comercio, a través del Banco de ALBA, se ha buscado lograr que los intercambios entre sus miembros sean más fluidos. En particular, entre República Bolivariana y Bolivia se está desarrollando el Programa Piloto de Financiamiento Intra-ALBA Venezuela-Bolivia, mediante el cual se otorga crédito a empresas privadas de ambas naciones en los rubros textiles y madera para incrementar el comercio bilateral, con el fin de cumplir con los compromisos firmados en el marco del TCP.

Según la información proporcionada por el Ministerio de Relaciones Internacionales y Movilidad Humana de Ecuador, la situación actual de los compromisos con Venezuela en el eje energético se centra en proyectos de hidrocarburos y minería. Estos acuerdos se sustentan en cuatro instrumentos bilaterales de cooperación.

En primer lugar, la explotación conjunta del Campo Sacha en Ecuador, operación que permitió alcanzar una producción de 67.3 mil barriles diarios en comparación de los 49 barriles producidos con anterioridad. En segundo lugar, el ambicioso proyecto de construcción de la Refinería del Pacífico, que sin embargo ha tenido una serie de problemas y está temporalmente paralizado. En tercer lugar, un programa de intercambio de crudo por derivados y lubricantes, que ha generado un flujo que en el 2009 representó para Ecuador exportaciones por 57,55 millones de barriles de crudo, mientras que Venezuela ha exportado a Ecuador 34,05 millones de barriles de derivados de petróleo. No obstante, según la información proporcionada por la cancillería ecuatoriana, este proyecto ha sido suprimido debido a problemas técnicos relativos tanto a la calidad del petróleo ecuatoriano como de los derivados recibidos por Venezuela. En cuarto lugar, está la Compañía Binacional Minera Mariscal Sucre y el proyecto de construcción de un

Gaseoducto. Respecto a la primera se han señalado problemas con los permisos de operación medioambientales; respecto al segundo, pese al reiterado interés manifestado por ambos gobiernos, el proyecto no resultó viable tras la realización de los análisis técnicos y financieros.

En cuanto a Bolivia, los acuerdos del ALBA suscritos entre 2006 y 2009, entre otros puntos plantearon: 1. La distribución de combustible a través del abanderamiento de quince estaciones de servicio por un monto de USD 4.7 MM; 2. La construcción de dos plantas de extracción de líquidos de gas natural; 3. Un proyecto para la generación térmica (diesel) de potencia eléctrica con una capacidad 40 MW, con un costo estimado de USD 30 MM; 4. Un Proyecto para el mejoramiento de la eficiencia en el uso de la energía eléctrica mediante la sustitución de equipos ineficientes por equipos ahorradores; 5. Una planta de producción de asfalto con una capacidad de 10 MBD y con una inversión estimada de 150 millones de dólares; y 6. Un proyecto para la exploración y explotación en cuatro campos de gas en Bolivia con una inversión estimada para la fase inicial de 620 millones de dólares.

Por otro lado, bajo la denominación YPFB PETROANDINA S.A.M., se ha constituido en 2007 una empresa mixta entre YPFB (60%) y PDVSA (40%), para trabajar en la exploración y explotación de hidrocarburos en Bolivia. De acuerdo con YPFB, le han sido asignadas doce áreas reservadas tanto en el Norte como en el Sur del país. Se ha manifestado inconformidad en relación a la lentitud y retrasos que estarían acompañando el desarrollo de la empresa, debidos supuestamente a las trabas legislativas, pero también al incumplimiento de los acuerdos de inversión por la parte venezolana. En efecto, en abril de 2011, durante el I Encuentro de Integración Bolivia-Venezuela, se decidió reprogramar las actividades de YPFB PETROANDINA S.A.M. para acelerar el plan de inversiones.

En el ámbito social, Bolivia es beneficiaria de numerosos proyectos de cooperación realizados directamente por Venezuela o triangulados con Cuba. En Bolivia, en efecto, se encuentra ubicado el contingente más grande, después de Venezuela, de médicos cubanos – alrededor de 2 mil profesionales – que opera directamente a través de los municipios locales. Al igual que en la República Bolivariana, Cuba dona los medicamentos de base recetados en los consultorios y ha donado además, según los acuerdos de 2006 y otros sucesivos, equipos e instrumentos médicos. Para sustituir el personal extranjero, desde el principio se ha buscado incorporar a los jóvenes bolivianos formados en la ELAM de Cuba (Escuela Latinoamericana de Medicina) que ahora cuenta con una sede también en Venezuela. En el marco de los acuerdos ALBA, se ha incrementado además el número de becas ofrecidas para estudios en medicina y otras áreas.

Un funcionario cubano, entrevistado en La Habana en 2008 por Daniele Benzi, explicó de manera muy franca este mecanismo, así como el objetivo de reproducir los programas ejecutados en la República Bolivariana en el contexto boliviano, los cuales cumplen, al igual que en el caso de Venezuela, también una función político-electoral y de afianzamiento de la popularidad del MAS y en particular de la figura de su presidente.

El país andino se ha beneficiado también de importantes recursos materiales y financieros proporcionados por la República Bolivariana cuya opacidad torna extremadamente difícil su cuantificación. Tras la presunta desaparición de varios millones de dólares de financiamientos venezolanos y una momentánea suspensión de la ayuda, se ha vuelto célebre, en Bolivia, la pública entrega por parte de Evo Morales a los alcaldes masistas de los cheques girados directamente por funcionarios de la Embajada venezolana en el marco del programa denominado “Bolivia Cambia, Evo cumple”.

En Ecuador, de la misma manera que en Bolivia con la Misión Moto Méndez, la Misión Solidaria Manuela Espejo en materia de censo y apoyo a la población discapacitada, ha permitido al país ofrecer colaboración a otras naciones de la región. Los equipos fueros conformados en ambos países por profesionales cubanos y nacionales, integrados por personal militar. Aunque no exista información oficial al respecto, de algunas notas de prensa es posible deducir que parte sustancial de los costos de esta campaña, incluyendo la compra y sucesiva donación de los materiales, haya sido asumida por la República Bolivariana.

Asimismo la Misión Milagro, que tiene como objetivo ayudar a personas de bajos recursos para ser operadas de distintos problemas oculares, y de la que Bolivia se ha vuelto un importante centro gracias a la triangulación cubano-venezolana, ha logrado atender cerca de 538 y 102 mil pacientes respectivamente en Bolivia y Ecuador. Este proyecto se encuentra ahora detenido en Ecuador, debido a la redefinición de prioridades del Ministerio de Salud en relación a este programa que no son compatibles con aquellas planteadas por Venezuela.

La República Bolivariana ha ofrecido además contribuciones para el desarrollo de la industria cinematográfica ecuatoriana, colaboraciones en materia de deporte y desarrollo comunitario y, por último, becas de estudios en diferentes sectores.

Como se ha dicho, aunque la información oficial al respecto no sea muy abundante, parte de las actividades sociales realizadas han contado con un mecanismo de cooperación triangular Venezuela-Cuba-Ecuador y Venezuela-Cuba-Bolivia. Como es bien sabido, en el marco del ALBA-TCP, Venezuela en 2005, Bolivia en 2008, y Nicaragua y Ecuador en 2009 fueron declaradas por la UNESCO “Territorios Libres de Analfabetismo”. En base a la información proporcionada por las oficinas de estadísticas de los diferentes países, la Secretaría Ejecutiva del ALBA reporta que el número de alfabetizados habría sido de 819 mil en Ecuador y 824 mil en Bolivia. En Bolivia se está llevando ahora a cabo el proceso de post-alfabetización, financiado con recursos procedentes del Banco del ALBA.

4 A Manera de Conclusiones

En este ensayo hemos sugerido un triple acercamiento para analizar las relaciones de las potencias emergentes y medianas con los pequeños países de su entorno regional, con el fin de dilucidar algunos de los nexos existentes entre objetivos de política exterior y proyección global, estrategias de integración regional y políticas de cooperación Sur-Sur.

En un marco de crisis sistémica del capitalismo y de transición abierta hacia la conformación de un orden internacional multipolar que, eventualmente, implicará la institución de un nuevo multilateralismo, este enfoque proporciona algunas herramientas básicas para examinar empíricamente los alcances y peculiares dificultades observables en la intrincada y a menudo ininteligible dialéctica entre espacio global, regional y sub-regiones.

Sin soslayar las cada vez más diferentes trayectorias nacionales, bajo la expresión de “Consenso de los *commodities*” es posible aseverar que a la vuelta del nuevo milenio América Latina mantiene una “inserción internacional subordinada a la globalización, en la que los países siguen siendo tomadores de precios, no coordinan entre sí la comercialización de sus productos y defienden la liberalización del comercio global” (Gudynas, 2012, p. 133). No sorprende por ende “el apoyo de varios gobiernos progresistas a las instituciones de gobernanza global (como la Organización Mundial de Comercio, OMC), así como el estancamiento de la integración regional dentro de América del Sur” (Ibídem).

A la hora de hacer un balance general de los últimos diez años, sin menospreciar los importantes logros, los avances sustanciales en áreas clave de la integración tales como la energía, la finanza y el comercio, además de la construcción de una institucionalidad más sólida y menos fragmentada, han sido efectivamente débiles.

A pesar de la presencia de dos potenciales líderes para representar América del Sur como bloque en el nuevo escenario internacional, por diferentes razones y al margen de las patentes ventajas brasileñas en comparación con las cada vez menos viables pretensiones venezolanas a raíz de su inestabilidad política y económica, hasta la fecha ningún liderazgo estable y reconocido se ha podido consolidar en la región.

La relación entre Brasil y Venezuela, como bien han aclarado Flandes y Wojczewski (2010), ha oscilado en los últimos años entre cooperación y conflicto. No obstante, no se trata solo de estos dos países. Por debajo de la retórica integracionista, las fricciones constantes que, a veces vehiculadas o instrumentalizadas por actores extraregionales viejos y nuevos, inhiben claramente el

fortalecimiento de un nuevo regionalismo sudamericano, así como el posicionamiento internacional de América del Sur como bloque unitario eventualmente liderado por Brasil.

Distintos analistas, en efecto, han subrayado la creciente divergencia entre el reconocimiento que este país goza a nivel mundial y la debilidad de su liderazgo regional, evidente en el escaso respaldo que el gigante económico del Cono Sur, pero quizás enano político todavía, ha recibido hasta la fecha como legítimo representante de los intereses regionales. (Alden, Vieira, 2011; Malamud, 2011)

Frente a estos problemas y a las acusaciones de un sub o nuevo imperialismo, cobran fuerza aquellas posiciones y sectores de la sociedad carioca que, dando ya por logrado el objetivo de formar parte de las ligas mayores, consideran inconveniente o innecesario pagar el costo de una integración que no cumple con sus expectativas (Flemes y Wojczewski, 2010; Malamud, 2011). En otras palabras, si por un lado Brasil se ha mostrado dispuesto a preservar una estabilidad regional funcional a sus ambiciones globales, por el otro no ha actuado de la misma manera asumiendo los elevados costos de la integración regional frente a socios renuentes (Flemes y Wojczewski, 2010).

Desde otra perspectiva, en cambio, es bastante verosímil suponer que la ambivalente o escasa aceptación del liderazgo brasileño, tanto para las potencias medianas como Venezuela y Argentina, como para los países pequeños que, como Bolivia, Ecuador o Paraguay, se sienten cada vez más aprisionados en la condición de satélites, sea directamente proporcional a la escasa voluntad o capacidad de Brasil de reducir las brechas abismales que lo dividen de sus vecinos.

Venezuela, al revés, a pesar de los generosos y despreocupados aportes bolivarianos, no ha podido demostrar poseer los recursos materiales y capacidades suficientes, ni un proyecto político claro y viable, para disputarle o solamente compartir el liderazgo con Brasil. Más bien este último, en la medida de lo posible, ha intentado conciliar sus aspiraciones y proyectos de larga data con una agenda chavista suavizada y “sudamericanizada”.

Todo lo anterior, en nuestra opinión, a pesar de los matices evidenciados en los apartados anteriores, se refleja nítidamente en los casos estudiados.

Si es posible afirmar que el acercamiento de Venezuela a Bolivia y Ecuador no ha logrado de momento bases de complementariedad sólidas más allá de las coincidencias políticas y ventajas puntuales de corto aliento, evidenciando ya cierto desencanto y reorientación de intereses en ambos países, el caso de Brasil presenta problemas distintos.

El intrincado complejo de intereses geopolíticos, económicos y comerciales que se desenvuelven en plano regional y subregional, de los cuales Bolivia y Ecuador representan una porción relativamente modesta para el coloso del Sur, de momento pareciera haber profundizado las ya notables asimetrías existentes, sin que las frágiles posturas soberanas de Evo Morales y Rafael Correa, en términos de correlación de fuerzas, haya podido invertir una tendencia en realidad poco alentadora.

Referencias

AGÊNCIA BRASILEIRA DE COOPERAÇÃO (ABC). Equador [Online]. 2013. Disponible en: <http://www.abc.gov.br/Projetos/CooperacaoSulSul/Equador>. Acceso: 07/06/2013.

_____. Bolívia [Online]. 2013a. Disponible en:

<http://www.abc.gov.br/Projetos/CooperacaoSulSul/Bolivia>. Acceso: 07/06/2013.

ARRIGHI, Giovanni; SILVER, Beverly. *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*. Ediciones Akal: Madrid, 2001.

AYLLÓN, Bruno. La cooperación de Brasil: un modelo en construcción para una potencia emergente [online]. *Análisis del Real Instituto (ARI)*, n. 143, 2010. Disponible en:

http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari143-2010. Acceso: 07/06/2013.

BENZI, Daniele. ¿En la hora de las definiciones? Una aproximación al ALBA al atardecer del neoliberalismo. *Iberofórum*, Año V, n. 10, 2010, p. 69-99.

- _____. América Latina: ¿Un territorio en disputa?. *Visioni Latinoamericane*, n. 5, 2011, p. 18-31.
- _____. Una mirada a la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe desde la asunción de Obama ¿Continuidad sin cambios? *Visioni Latinoamericane*, n. 6, 2012, p. 20-41.
- _____; LO BRUTTO, Giuseppe. La cooperación Sur-Sur en América Latina a principios del siglo XXI (un enfoque menos indulgente). En: ACEVES, L., SOTOMAYOR, H. (coord.). *Volver al desarrollo o salir de él. Límites y potencialidades del cambio desde América Latina*, 2012, p. 219-252.
- _____; ZAPATA, Ximena. Geopolítica, economía y solidaridad internacional en la nueva cooperación sur-sur: el caso de la Venezuela bolivariana y petrocaribe. *América Latina Hoy*, n. 63, 2013, p. 65-89.
- BRUCKMANN, Mónica. Recursos naturales y la geopolítica de la integración Sudamericana [online]. *ALAI, América Latina en Movimiento*. 2011. Disponible en: <http://alainet.org/active/45772>. Acceso: 08/06/2013.
- BURGESS, Sean. Without sticks or carrots: Brazilian leadership in South America during the Cardoso Era, 1992–2002. *Bulletin of Latin American Research*, v. 25, n. 1, 2006, p. 23–42.
- _____. Building a global southern coalition: the competing approaches of Brazil's Lula and Venezuela's Chávez. *Third World Quarterly*, v. 28, n. 7, 2007, p. 1343–1358.
- _____. Consensual hegemony: theorizing Brazilian foreign policy after the cold war. *International Relations*, v. 22, n. 1, 2008, p. 65–84.
- CHAVES, Carlos. La inserción internacional de Sudamérica: la apuesta por la Unasur. *Íconos Revista de Ciencias Sociales*, n. 38, 2010, p. 29-40.
- COMISIÓN DE AUDITORÍA INTEGRAL DEL CRÉDITO PÚBLICO (CAIC). Informe final de la auditoría integral de la deuda ecuatoriana [online]. Disponible en: http://www.auditoriadeuda.org.ec/images/stories/documentos/deuda_bilateral/consolidado_deuda_bilateral.pdf. Acceso: 07/07/2013.
- DOS SANTOS, Theotonio. Globalización, el futuro del capitalismo y las potencias emergentes. En: GANDASEGUI, M.; CASTILLO, D. (Comp.). *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*. CLACSO y Siglo XXI Editores: México, 2010.
- EL UNIVERSAL. Venezuela y Ecuador firman acuerdo de cooperación económica. 2011. Disponible en: <http://www.eluniversal.com/2011/04/12/venezuela-y-ecuador-firman-acuerdo-de-cooperacion-economica>. Acceso: 09/07/2013.
- ELLNER, Steve. La política exterior del gobierno de Chávez: la retórica chavista y los asuntos sustanciales. *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, n. 15, 2009, p.115-132.
- FLEMES, Daniel; WOJCZEWSKI, Thorsten. Contested leadership in international relations: power politics in South America, South Asia and Sub-Saharan Africa. *GIGA Working Papers*. n. 121, 2010.
- GOMES, Miriam. Brazilian foreign policy towards South America during the Lula Administration: caught between South America and Mercosur. *Rev. Bras. Polít. Int.* (special edition), n. 53, 2010, p. 151-168.
- _____. La política exterior de Dilma Rousseff hacia América del Sur: continuidad en estrategias y ajustes en prioridades. En: SERBIN, Andrés; MARTÍNEZ, Laneydi; RAMANZINI, Haroldo. *El regionalismo "post-liberal" en América Latina y el Caribe: Nuevos actores, nuevos temas, nuevos desafíos*. Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Gran Caribe 2012, Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales: Buenos Aires, 2012, p. 289-300.
- GRESH, Alain. El consenso de Pekín. Al alba de un siglo post-estadounidense [online]. *Le Monde Diplomatique*, n.113, 2008. Disponible en: <http://dmscheinfeld.wordpress.com/2012/02/27/el-diplo-el-consenso-de-pekini/>. Acceso: 08/06/2013.
- GUDYNAS, Eduardo. Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo sudamericano. *Nueva Sociedad*, n. 237, 2012, p. 128-146

- GUERRA BORGES, Alfredo (Comp.). *Fin de época*. De la integración tradicional al regionalismo estratégico. Siglo XXI Editores: México, 2009.
- HETTNE, Björn. Beyond the 'new' regionalism. *New Political Economy*, v. 10, n. 4, 2005, p. 553-571.
- HIRST, Monica. A presença do Brasil na Bolívia: diálogo político, vínculos econômicos e cooperação horizontal. *Texto para discussão*. Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada: Brasília, 2013. Disponible en: http://www.ipea.gov.br/portal/images/stories/PDFs/TDs/td_1869.pdf. Acceso: 09/02/2013.
- HOBBSAWM, Eric. El siglo XX y el XXI, la clase obrera hoy [online]. 2010. Disponible en: <http://www.siemprehistoria.com.ar/?p=965>. Acceso: 07/06/2013.
- KATZ, Claudio. América Latina frente a la crisis global [online]. 2009. Disponible en: <http://katz.lahaine.org/>. Acceso: 07/06/2013.
- _____. *El rediseño de América Latina. ALCA, MERCOSUR y ALBA*. 1ra. Edición. Editorial de Ciencias Sociales: La Habana, Ediciones Luxemburg: Buenos Aires, 2008.
- MALAMUD, Andrés. A Leader Without Followers? The Growing Divergence Between the Regional and Global Performance of Brazilian Foreign Policy. University of Miami, 2011. Disponible en: http://americo.usal.es/iberoame/sites/default/files/malamud_brasil_leader_without_followers.pdf. Acceso: 02/09/2013.
- MARINI, Ruy. *Subdesarrollo y revolución*. Siglo XXI Editores: México D.F, 1969.
- MAWDSLEY, Emma. The changing geographies of foreign aid and development cooperation: contributions from gift theory. *Transactions of the Institute of British Geographers*, v. 37, n. 2, 2012, p. 256-72.
- NOLTE, Detlef. Potencias regionales en la política internacional: conceptos y enfoques de análisis. *Giga Working Papers*. n. 30, 2006.
- OJEDA, Tahina. *La cooperación sur-sur como motor de cambio en la vida internacional*. En: AYLÓN, Bruno; OJEDA, Tahina (Coords.). *La cooperación sur-sur y triangular en América Latina*. Políticas afirmativas y prácticas transformadoras. Madrid: La Catarata, UCM, 2013, p. 229-243.
- PEDERSEN, Thomas. Cooperative hegemony: power, ideas and institutions in regional integration [online]. *Review of International Studies*, v. 28, n. 4, 2002, p. 677-696. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/20097821>. Acceso: 09/03/2013.
- RODRIGUEZ, María. La cooperación venezolana en América Latina: de la retórica a la acción. *América Latina Hoy*, n. 63, 2013, p. 113-137.
- ROMERO, Carlos. La integración como instrumento de la política exterior de Venezuela". 2007. Consultado en <http://www.iri.puc-rio.br/pdf/carlos-romero.pdf>. Acceso: 08/06/2013.
- SANAHUJA, José Antonio. Post-liberal regionalism: s-s cooperation in Latin America and the caribbean. En: International Policy Centre for Inclusive Growth. *South-South Cooperation*. The Same Old Game or a New Paradigm?, p. 17-19, 2010.
- SANAHUJA, José Antonio. *¿Un mundo unipolar, multipolar o apolar? El poder estructural y las transformaciones de la sociedad internacional contemporánea*. Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2008.
- SEGIB. Informe de la cooperación sur-sur en iberoamérica 2012 [Online]. 2012. Disponible en: <http://segib.org/cooperacion/files/2012/10/Informe-Sur-Sur-2012.pdf>. Acceso: 07/06/2013.
- SETECI. Informe Preparatorio para la Comisión Mixta Brasil-Ecuador. 2010
- SOLIZ, Andrés. Geopolítica brasileña. *Rebelión*. 2011. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticias/2011/9/136416.pdf>. Acceso: 07/07/2013.
- SOTERO, Paulo; ARMIJO, Leslie. Brazil: to be or not to be a BRIC?. *Asian Perspective*, v. 31, n. 4, 2007, p. 43-70.
- SVAMPA, Maristela. "Consenso de los commodities" y lenguajes de valoración en América Latina. En *Nueva Sociedad* n. 244, p. 30-46.

TOKATLIAN, Juan Gabriel. Latinoamérica y sus «alianzas» extrarregionales: entre el espejismo, la ilusión y la evidencia. En: WOLLARD et al. (ed.). *La agenda internacional de América Latina: entre nuevas y viejas alianzas*. Buenos Aires: coedición Nueva Sociedad/Friedrich Ebert Stiftung, 2011, p. 139-160.

VEZ, Alcides; INOUE, Cristina. Emerging donors in international development assistance: the Brazil case. *Department of International Relations University of Brazilia*. Disponible en: <http://www.idrc.ca/EN/Documents/Case-of-Brazil.pdf>. Acceso: 08/09/2013.

VIERA, Marco Antonio; ALDEN, Chris. India, Brazil, and South Africa (IBSA): south-south cooperation and the paradox of regional leadership. *Global Governance*. v. 17, p. 507-528, 2011. Disponible en: http://www.academia.edu/401861/India_Brazil_and_South_Africa_IBSA_South-South_cooperation_and_the_paradox_of_regional_leadership. Acceso: 02/09/2013.

VILLEGAS, Pablo. La industrialización del gas y la refundación de YPF en 5 meses. *CEDIB*, n. 24, 2011, p. 35-51. Disponible en: <http://www.cedib.org/wp-content/uploads/2012/03/La-industrializacion-del-gas-y-la-refundacion-de-YPF-en-5-meses-hidrocarburos.pdf>. Acceso: 02/06/2013.

WALLERSTEIN, Immanuel. *Semi-peripheral countries and the contemporary world crisis*. New York: Academic Press, 1974.

ZIBECHI, Raúl. *Brasil potencia: entre la integración regional y un nuevo imperialismo*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú, 2012.

*Artigo recebido em: Setembro/2013.
Artigo aprovado em: Novembro/2013.*

Daniele Benzi (danielebenzi@hotmail.com) é doutor em Ciência, Tecnologia e Sociedade pela Universidad de Calabria e professor visitante na Universidad Andina Simón Bolívar (Quito).

Tomás Gustavo Guayasamín Mogrovejo (tguayasamin@gmail.com) é mestre em Relações Internacionais pela FLACSO-Ecuador.

Ximena Zapata Mafla (xime_zm@hotmail.com) é mestra em Relações Internacionais pela FLACSO-Ecuador.